

Guillermo DE SAINT-THIERRY, *Naturaleza y dignidad del amor*, ed. L. J. García-Lomas Gago, *Sígueme (Hermeneia 134)*, Salamanca 2023. 142 pp., 17 €. ISBN:978-84-3012-152-6.

Las nuevas declinaciones del afecto humano que aparecen en las sociedades occidentales contemporáneas y las diferentes identidades de género que se van incorporando al lenguaje de la legislación civil son un hecho que amplía el abanico de una fenomenología del amor, a modo de observatorio de la realidad tal como se presenta. Por otra parte, el concepto clásico de naturaleza (y el de dignidad) está expuesto hoy a una metamorfosis semántica acentuada por una época, llamada por algunos posthumana, que se está desarrollando con la inteligencia artificial. El nuevo modo de ser humanos que se está configurando con el uso masivo de las tecnologías digitales afecta también al amor, tanto en su vivencia como en la reflexión. Con todo, leer a un autor medieval puede recordarnos la concepción clásica del amor y, sobre todo, la visión cristiana de la antropología y de la afectividad, ante los desafíos de un mundo postmoderno en el que la ausencia de sentido y el vacío existencial marcan vidas y relaciones.

El “arte del amor”, con el que comienza *Naturaleza y dignidad del amor*, se presenta como una combinación dinámica entre el afecto, la emoción y la razón que García-Lomas interpreta como ontología de la relación y principio constitutivo de la realidad humana. El análisis antropológico del fenómeno amoroso ocupó una parte importante del pensamiento medieval y Guillermo de Saint-Thierry fue uno de sus protagonistas. La obra, escrita entre 1121 y 1124, es una de las primeras del autor, pero ya contiene en germen las intuiciones en torno al afecto, al amor y a la razón, que irá desarrollando ampliamente en obras posteriores. Entre las influencias que marcaron personalmente a Guillermo habría que destacar la de san Bernardo, por quien llegó a abandonar incluso su monasterio benedictino, del que era abad, para hacerse cisterciense en 1135.

Luis Javier García-Lomas, monje de Silos y máster en filosofía por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, ha querido ofrecernos una nueva traducción española a partir de la edición crítica publicada en el *Corpus Christianorum*

de Brepols, acompañándola de una aguda reflexión hermenéutica desde una perspectiva filosófica que caracteriza la colección *Hermeneia* de la editorial Sígueme. Los 45 breves capítulos que componen la obra contienen distintos enfoques, desde análisis puramente filosóficos hasta consideraciones teológicas y espirituales basadas en la Escritura y en la Regla de san Benito, además de la propia experiencia del autor. Guillermo despliega una radiografía poliédrica y teológica del amor que va más allá del amor carnal de Ovidio (*Ars amandi*) para elevarse a toda la potencialidad afectiva que Dios ha grabado en el corazón del hombre: una búsqueda infinita de la felicidad. De claras reminiscencias agustianas aparece el paralelismo tripartito que establece entre amor, caridad y sabiduría con la Trinidad, e igualmente entre la creación del hombre a imagen de Dios con las tres facultades de la memoria, la razón y la voluntad. Dios es el origen último del amor en el hombre en su naturaleza y en su dignidad. Según Guillermo, el afecto es natural y procede de Dios, pero el hombre puede pervertirlo derivándolo hacia lo carnal o, al contrario, dirigirlo rectamente hacia Dios (p. 17, 19). Encontramos diferentes definiciones del amor: un arte (p. 13), “una fuerza del alma” (p. 13), “una voluntad intensa del bien” (p. 25), donde la voluntad es “un simple afecto dado al alma racional”. La relación entre voluntad, libertad y amor se encuentra en el cap. 5. Si la voluntad actúa según el orden natural, su dignidad original, se transforma en amor y este se eleva progresivamente hacia la caridad y la sabiduría (p. 27). Es decir, que la voluntad y el amor pueden ascender o descender en un movimiento continuo hacia lo mejor o hacia lo peor.

El contexto de la cultura monástica medieval en el que se desenvuelve el autor queda reflejado en tantas expresiones de la obra. Por ejemplo, leemos que el abandono del mundo sería la mejor condición para seguir a Cristo; el mundo tiene una consideración más bien negativa (es denominado “cieno”). El lenguaje de la Regla de san Benito se pone también en evidencia en el cap. 8: lecturas, meditación, oración, humildad, obediencia, silencio, ancianos y jóvenes..., y en el cap. 10, con

referencias a la educación de los novicios, el deseo de la sabiduría, la pobreza y la salmodia.

El camino del joven hacia Cristo (p. 45) parte del amor en un itinerario gradual hasta la caridad, elevando el afecto hacia el amor de Dios; la caridad es “el amor iluminado”, pues *Dios es amor* (1 Jn 4,16). Para definir la caridad, Guillermo cita a san Pablo (1 Cor 13) y el pasaje evangélico en el que Jesús llama a los discípulos “amigos” (Jn 15,15). La caridad se define como “afecto y efecto” (p. 49), juego de palabras repetido en varios capítulos, pero distinguiendo entre “afecto” y “afecciones” (referidas estas a las cosas) (p. 51). La caridad, mediante los sentidos espirituales, une al alma con Dios. El sentido espiritual superior, más digno, es la vista, cuyos dos ojos, la razón y el amor, confluyen entre sí: “la razón enseña al amor y el amor ilumina a la razón” (p. 69). El amor de Dios se extiende a la convivencia fraterna descrita como vida apostólica, según el ideal monástico: “Juntos duermen, juntos se despiertan. Juntos rezan, cantan salmos y leen” (p. 79). El monasterio sería semejante a un paraíso espiritual (y musical): “Se salmodia con una melodía piadosa, unánime y ferviente, de tal forma que parece que presentan y ofrecen a Dios su vida, sus costumbres y sus buenos afectos por medio de una melodía de tal consonancia que no parece reglada por la música sino por la caridad” (p. 83). Es también como una “escuela de la caridad”, alabando el estudio, pero distinguiéndolo del “mero raciocinio” (p. 85).

Sabiduría y caridad aparecen estrechamente unidas (p. 87). Los afectos siguen un camino progresivo hacia Dios en cuatro fases: “la voluntad mueve hacia Dios, el amor la impulsa, la caridad contempla y la sabiduría lo posee con fruición” (p. 89). La sabiduría constituye, por tanto, el culmen de la experiencia de Dios por parte del alma, una experiencia que es unión y fruición, como ya dijera san Agustín; la sabiduría no sería, para Guillermo, un conocimiento teórico sino “una fruición”, “un gusto divino, pues «sabiduría» viene de «sabor»... por este gusto se saborea la buena palabra de Dios y las riquezas del mundo futuro” (p. 89) (la palabra “buena” parece no estar en el texto latino). La sabiduría asume, así, un carácter bíblico y escatológico y se muestra como una experiencia gradual. Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría (1 Cor 1,30)

(p. 93); él es gusto, “inteligencia de la Escritura y de los misterios de Dios” (p. 95), conocimiento a través de la experiencia, “gustar es conocer” (*intellegere*). La “filosofía” es denominada la “ciencia de las cosas humanas y divinas” (p. 117). La razón puede conocer a Dios a partir de las cosas creadas hasta llegar a la “teología” o conocimiento de Dios (Rom 1,20). “El alma sabia ... saborea a Dios” (p. 121), conoce todo en Dios, de cuya luz procede todo conocimiento. Termina la obra hablando de la “perfecta felicidad”, la “perenne dilección”, la perfecta unión con Dios (p. 129), alcanzada mediante un progreso en la sabiduría y en el afecto. La sublime belleza de estas páginas de la sabiduría medieval asombra y sobrecoge también al lector contemporáneo.

La lectura hermenéutica de García-Lomas, ofrecida en el Epílogo, vislumbra el amor y el afecto como metamorfosis progresiva del hombre de fe que busca conocer a Dios y alcanzar una unión gozosa y feliz con él. La genial intuición que García-Lomas descubre en la filosofía cristiana del siglo XII respecto a la filosofía clásica radica en una concepción del amor como relación personal (y no solamente como movimiento del alma) (p. 137). El amor, así, desde el pensamiento cristiano, se revela como un don que recibe el hombre, que posibilita una relación personal hombre-Dios (novedad del cristianismo), que transforma al sujeto y, a su vez, repercute en las relaciones sociales; el amor se constituye, por tanto, como relacionalidad abierta.

Para Guillermo el amor aparece como principio constitutivo del hombre, como relación y razón de ser de su existencia. Apunta una vocación suprema a la comunión con Dios por medio del amor, que se manifiesta y se extiende en el amor a los demás, purificado de todo egoísmo y afán de dominio. Por ello, el amor, *sensus amoris*, comporta una epistemología, un modo determinante de conocer y sentir. La hermenéutica de García-Lomas plantea, así, una epistemología de la iluminación (agustiniana) y una ontología del amor, más que del ser, al situar al amor como base de la antropología (p. 138); además de una metafísica de la relación, más que del ente, fundamentada en la esencia de la Trinidad que es relación y comunión de amor (amado, amante, amor), hasta el punto de delinear una nueva definición de Dios como amar, y

no solo como amor. Para García-Lomas decir que Dios es amar resulta más exacto que afirmar que Dios es amor. La realidad descubre su verdadero ser precisamente en el amar, en la superación de las rupturas, en la reconciliación. La antropología, el ser del hombre, se comprende dinámicamente, por tanto, desde el amor y desde la categoría de la relación. García-Lomas termina bellamente sus líneas con palabras de san Bernardo: aquí termina el libro, no la búsqueda; pues el amor como inteligibilidad de la realidad, el *amor ipse intellectus est* gregoriano, es una dinámica inacabada.

Alfredo Simón Pérez

Universidad san Dámaso

Madrid, España

alfredosimon3@hotmail.com